

U N I V E R S I D A D D E L P A C I F I C O

C E N T R O D E I N V E S T I G A C I O N

LA PROBLEMÁTICA DEL CAMBIO SOCIAL

Por: Manuel Román de Silgado.

Serie: Ensayos N° 8

Lima, Junio de 1974

UNIVERSIDAD DEL PACIFICO
BIBLIOTECA

4620

El presente trabajo es un capítulo de un libro a editarse en ésta Universidad bajo el título "BUROCRACIA Y CAMBIO SOCIAL".

Taller de Publicaciones.

I N D I C E

Pág.

I.-	LOS PROBLEMAS DEL CAMBIO. TIPOS. AGENTES.	
	DIRECCIONES. LAS CONDICIONES. LOS PROCESOS	1
	1. LA EVOLUCION DE LA SOCIEDAD	8
	2. LAS CAUSAS O FACTORES DEL CAMBIO	13
	LOS AGENTES DEL CAMBIO:	
	1. LAS MINORIAS	20
	2. LAS MASAS	24
II.-	EL CAMBIO Y LOS PAISES DEL TERCER MUNDO	29
III.-	LA RELACION: CAMBIO Y LOS AGENTES	47
	1. LOS AGENTES Y LOS TIPOS DE CAMBIO	52
	2. LAS CUATRO SITUACIONES	53

CAPITULO PRIMERO:

LOS PROBLEMAS DEL CAMBIO. TIPOS.

AGENTES. DIRECCIONES. LAS CONDI

CIONES. LOS PROCESOS.

La problemática del cambio social, con sus incidencias sobre la vida social total, ha interesado profundamente a los sociólogos. Desde sus inicios, en los tiempos de Comte, la sociología comenzó a interrogarse sobre las consecuencias que la evolución de la sociedad y las visibles transformaciones que sufre, tenían sobre sus componentes. La historia es no sólo recuerdo del pasado, sino constante devenir. Como alguien ha dicho la sociedad es historia, que se mueve constantemente en busca de inéditas formaciones sociales, en construcción, también inédita, para superar los conflictos diarios que la convivencia humana multiplica y desarrolla.

Si el individuo cumple, históricamente, una acción histórica, de aquí el interés y la necesidad por proyectar hacia el futuro esa acción histórica, para ir salvando los problemas organizacionales políticos y económicos que surgen y que rompen la armonía de la convivencia. La historia es la historia de la curiosidad del hombre por organizarse, por superar alienaciones, porque la historia es progreso. Las formas tradicionales de vida, los valores que componen el repertorio social y que el hombre, más o menos conscientemente ha ido construyendo, para develar el misterio social y desembocar en la vida de Utopía, es un constante superar contradicciones.

Por eso el cambio es lucha, porque es superación constante de situaciones anteriores, que se dan en el marco de las contradicciones. A una etapa histórica sucede otra, dialéctica, porque es incuestionable, y la historia es ejemplo vivo, que el hombre construye su futuro sobre los restos de su pasado.

De aquí la abundante literatura sobre el cambio social, que comienza en Comte con su teoría célebre de la estática y dinámica social. La primera estudia el orden, el equilibrio social, fruto de consenso entre los individuos sociales, por el cual la sociedad funciona. Sobre este principio, el actor social elabora sus formas de vida, ordena sus instituciones y da vida a formas de organización.

Frente a la estática, y como contradicción, la dinámica social, que surge como una necesidad social de transformación, de búsqueda y superación histórica de los procesos sociales, que necesitan renovarse, por la corrupción de formas, por la debilidad de las estructuras gastadas y superadas históricamente.

Marx y Engels retoman el principio de historicidad de la acción social. Toda la obra del primero, no es sino una sociología del cambio, que explica la necesidad de transformación por el motor de la lucha de clases. La historia es devenir, es búsqueda de la síntesis final, un momento escatológico, donde las dos clases tradicionales, que se han ido edificando y enfrentando en todos los momentos de su vida histórica, encuentran la superación de sus diferencias. Toda la historia es por tanto, historia de lucha, pero lucha de clases.

La literatura clásica sobre el cambio, se enriquece con las obras de Weber, Durkheim, Pareto. El primero con su célebre explicación del "protestantismo" como generador del capitalismo; Durkheim y su análisis sobre la división del trabajo y Pareto sobre la circulación de las élites. Unámosle a Spencer, que encontró las leyes de la evolución, a partir de lo inorgánico hasta lo superorgánico, es decir, hasta la vida superior organizada, la vida del social del hombre, y tendremos un casi completo panorama de la literatura clásica.

Todos ellos han partido de un conjunto de principios, pero no es desacertado intentar fundirlos en un ensayo de la Filosofía de la Historia, que Marx, genialmente, intentó perfilar. A partir de este enfoque, es que se ha considerado el proceso de la historia, como un esfuerzo de liberación del hombre de la pesada carga del pasado, permitiendo conocer los contenidos históricos de la acción histórica pretérita y de la acción del porvenir.

Frente a esta situación que mantenían como principio de análisis, la dialéctica de los movimientos de la historia, ideológicamente, se construyó otro principio, que dió paso a un método nuevo de análisis, el funcionalista, que consideraba en equilibrio la so-

ciudad; que todas las funciones creadas por el hombre eran necesarias que cumplieran determinado rol y que la funcionalidad del rol le mantenían socialmente permanente. Estos principios de funcionalismo universal, de la unidad funcional y de la necesidad funcional, chocaron con la posición del materialismo histórico, fundado en la dialéctica hegeliana, puesta de pié como dice Marx.

Y es con esta óptica, a su vez dialéctica, que han de entenderse las posiciones de los sociólogos y sus aportaciones al conocimiento de la acción histórica. Así, entre los funcionalistas, comenzando por los Antropólogos, como Kroeber (1), Kluckhohn, Lowie y Herskovich, hasta Kingsley Davis (2), han exagerado el rol del funcionalismo universal. Superados los primeros éxitos, la corriente funcionalista, con Parsons (3) y Merton (4), a la cabeza, no ha dejado de barrer sociólogos para su propio campo. La razón quizá esté en que, mientras no se imagine un nuevo método, que supere, no las ideologías sino los principios metodológicos del funcionalismo, el acudir al método dialéctico, es una aventura que muchos sociólogos no están en condiciones de correr.

Cierto que hay una reorientación y que no es raro el día que la literatura sobre el cambio no se enriquezca con nuevas aporta

(1) Kroeber, A.L., "Configuration of cultura Growth", Universidad de Berkeley, California, 1944.

(2) Kingsley Davis, "The Myth of functional Analysis", en American Sociological Review, número 24, Diciembre 1958, págs. 757-772.

(3) Talcott Parsons, "El sistema social", Ed. Revista de Occidente. Madrid.

(4) Robert K. Merton, "Teoría y estructura social", FCE, Méjico.

ciones y nuevas teorías. Recordemos a Smelser (1), Moore o Coser (2), sobre los cambios conflictuales. Esta rectificación del funcionalismo y de sus principios, ha sido posible por la complejidad fenoménica del mundo moderno. Ideológicamente, el funcionalismo no puede explicarlas. Hay crisis en el tercer mundo y en el mundo industrializado, donde el paso de la sociedad de clases a la sociedad de masas es evidente. El funcionalismo no puede aclarar los mecanismos sociales que están surgiendo. Querer explicar las disfunciones por la teoría de que cumplen la "función de disfunción" o la bizantina explicación de las "disfunciones" o las funciones "latentes" de Merton, son recursos ideológicos y metodológicos que no satisfacen al investigador social. Su debilidad se manifiesta a la hora de explicar por ejemplo, las contradicciones de la sociedad de masas, los movimientos obreros o el rol de los intelectuales en el cambio.

Por su parte las modernas interpretaciones de Marx sobre el cambio, basado en la "constante" de la lucha de clases, han reformulado la moderna filosofía de la historia.

Otras nuevas corrientes ideológicas aparecen en el análisis del cambio, como son la estructuralista, a partir de Levy-Strauss, que tanta influencia ha ejercido sobre los intelectuales del tercer mundo, o la Cibernética de Caldwell (3), que enriquecen la teoría y,

(1) Smelser, Neil, "Social change in the Industrial Revolution", Londres, Routledge and Kegan Paul, 1959.

(2) Moore, "El cambio social", Ed. Uteha. En este mismo enfoque está el de Johnson "Cambio Social", Ed. Paidós. Buenos Aires y L.A. Coser, "The functions of Social Conflict", Glencoe, The Free Press, 1958. Hay traducción castellana de Ed. Amorrortu.

(3) Caldwell, Mervin, L.: "The Cybernetic Analysis of change in complex social organizations" en "American Journal of Sociology", LXV, 1959, N°2.

en cierto modo, actualizan la filosofía de la historia, demasiado enfrascada en sus raíces filosóficas. No olvidemos que, queramos o no, los progresos de las ciencias exactas, los campos ilimitados de la investigación científica, la descubierta de nuevos campos de acción histórica, obligan a una redefinición, a una reconceptualización, no sólo de lo que es el cambio social, sino de sus consecuentes: progreso, desarrollo, o transformación.

Esta, por así decirlo, reforma, se refiere a la necesidad de revisar la teoría marxista, a la vista de las transformaciones del mundo moderno. La visión futurista de Marx, en este sentido casi un visionario, no fué lo suficiente para aplicar su esquema conceptual a las modernas sociedades sin que se hiciera no una rectificación, ni una revisión, sino adecuación de sus principios teleológicos a las modernas sociedades post-industriales, donde los esquemas de Marx no encajan, a menos de que se les reformule.

Y ahí está la obra de Lefevre, Habersman, Goldman, Mills (1), o todo el grupo de pensadores de la escuela de Frankfurt, con Habersman a la cabeza (2), que no han hecho nada más que recrear la filosofía de la historia de Marx, orientándola sobre todo a la sociología del cambio, o, como modernamente se dice, sociología del desarrollo, para indicar que se pone énfasis más en problemas del progreso, que en problemas estructurales, que se dan por supuestos.

Y en este sentido conviene señalar que, las divergencias entre estructural-funcionalistas y dialécticos, se basan en las condiciones de equilibrio o desequilibrio, de integración o desintegración de la sociedad.

(1) Henry Lefevre, "La sociología de Marx" Press Universitaires de France, París, 1966. Lucien Goldmann, "Sociologie du Roman", Gallimard. París, 1965. Hay traducción española. De Wright Mills, su texto más conocido "La imaginación sociológica".

(2) La escuela de Frankfurt, es de tendencia racionalista-crítica. En esta línea están Horkheimer y Adorno, además de Marcuse.

1. La evolución de la sociedad.

Es el primer concepto que conviene analizar, porque, en nuestra aplicación a la burocracia, este término es clave. La evolu
ción, es un fenómeno social, que se da en un tiempo largo. Este pro-
ceso es producto de las bases mismas en que se desarrolla la vida so-
cial, descubierto por el análisis histórico, a través de las diferen-
tes formas de vida, las diversas instituciones que aparecen y desapa-
recen, gastadas en el concurso de la vida organizativa y por los va-
lores que cambian. Es aquí donde el análisis histórico y cultural nos
proporcionan las bases suficientes para comprender cuáles han sido
esos elementos que se transforman, cambian o desaparecen.

La teoría del cambio social estudia fundamentalmente
sus aspectos más saltantes, localizados en tiempos históricos deter-
minados: transformaciones cualitativas y cuantitativas, realizadas
violentamente o a través de un proceso de planificación, consciente o
inconsciente. Por medio de fuerzas o agentes sociales o instituciona-
les, como pueden ser partidos políticos, ideologías, movimientos obre-
ros, etc., y que atañen más bien a los elementos socio-económicos. Es
decir, que superan las transformaciones culturales, porque el cambio
se entiende tanto en cuanto es una re-ordenación inmediata de la vi-
da social. Que en el fondo sea también afectado por el sentido diná-
mico o evolucionista de la sociedad, es un problema que es reconoci-
do por todos los sociólogos, sea cual sea la base ideológica bajo la
que lo contemple.

El cambio para los sociólogos marxistas, supone llevar
las relaciones de clases a un extremo crítico, para acentuar las con-
tradicciones. Así el paso de una sociedad de clases a una sociedad
socialista, que sería la síntesis, se hará en el menor tiempo posi-
ble. Para los sociólogos estructural-funcionalistas, con Parsons a la
cabeza, el cambio sería un ajuste estructural, a partir de la búsque-
da de las funciones latentes, para convertirlas en funciones manifies-
tas, cuyo rol es la transformación de las estructuras. La teoría par-
te del concepto del "sistema social" de Parsons: se modifican los

procesos sociales, que mantienen en equilibrio los sistemas. Parsons distingue entre cambio procesual y cambio estructural. El primero se refiere a una no adecuación entre los procesos internos y los externos y el equilibrio que los mantenía tiende a romperse.

Los cambios estructurales significan las transformaciones de los "modelos institucionales de la cultura normativa". Y tienen dos causas (1): endógenas y exógenas. Los cambios en los sistemas culturales y en los cambios de personalidad, son cambios exógenos, como, por ejemplo, los cambios genéticos, que influyen en las condiciones sociales y en rol de los actores.

Los cambios endógenos son los que se producen dentro mismo del sistema; las tensiones en la relación de las dos partes estructurales del sistema; o entre el actor y la situación, que rompe el equilibrio o la acción del actor hacia los objetos sociales.

A partir de aquí, la creencia en que el cambio es siempre conflictivo, porque rebasa las condiciones de control que desarrolla espontáneamente el sistema: es la descubierta o emergencia de las funciones "latentes", que pueden ser elementos de equilibrio, desde el momento en que su conversión en "manifiesta" tiene como misión la reducción de las tensiones, producidas por el "desfase situacional".

El cambio, por tanto, bajo una óptica u otra, es un proceso, fenómeno, que tiene diversas causas y repercusiones, tanto sobre las estructuras, como sobre el sistema. Y que se visibiliza a través de los conflictos entre grupos, entre valores, se da colectivamente, y sus consecuencias son, para unos, modificar las relaciones de producción y de propiedad y, para otros, el contenido mismo de las es

(1) Aparte de "El sistema social", puede verse "Las teorías sociales", sobre todo el volumen primero.

estructuras sociales, Por tanto, afecta al curso de la historia.

Así, el actor histórico y su acción histórica, son los elementos que provocan el cambio; la acción histórica que se deriva de la actitud del actor con respecto a las circunstancias que determinan su existencia como tal, son los "conjuntos de las actividades de los miembros de una sociedad, que son de naturaleza o que están destinados a provocar, intensificar, frenar o impedir las transformaciones de la organización social en su totalidad o en algunas de sus partes" (1). Estos actores históricos, pueden ser, ya lo hemos insinuado, tanto los actores individuales como los actores colectivos, es decir, instituciones, partidos políticos, sindicatos.

Pero el cambio tiene un ritmo, que puede ser lento o violento; fruto el primero de la planificación social, y por tanto, de acuerdo a normas establecidas, pensadas para hacerlo adecuado a las exigencias del actor o, por el contrario, violento, cuando las condiciones estructurales lleguen a una situación de conflicto y la innovación no es solución para resolver los problemas. Se parte de una posición más radical, porque las exigencias son inmediatas y la planificación o la transformación normal no producen el ajuste estructural. Se necesita entonces una acción, frente a situaciones inciertas, que destruya, mediante una revolución, el contorno y la esencia misma del sistema.

Como se ve, el cambio, es evolución, con unas características violentas o no, y que repercuten sobre las mismas estructuras, porque actúa sobre ellas y modifica las relaciones sociales, económicas y valorativas.

(1) Rocher, G. "Le changement social", Ed. HLM, Colección Points. París, 1968. pág. 23.

Los factores del cambio son las causas que lo determinan y pueden ir, desde una innovación en la tecnología de una fábrica, hasta los deterioros en las condiciones de trabajo, o en la relaciones de clase. Tanto unas como otras interesan al sociólogo, porque, desde su perspectiva, es decir, bajo el análisis de las ciencias sociales, cualquier problema que incida en los esquemas teóricos, debe ser objeto de estudio. La sociología debe explicar los problemas de causa a efecto, para comprender los conflictos y aventurar teorías sobre cómo se producen y cuáles son las consecuencias sobre la vida social total.

La filosofía de la historia nos ilustra cómo se ha ido produciendo la evolución de la humanidad, con épocas de crisis, donde las contradicciones han surgido más violentamente y se ha hecho necesaria una acción más profunda para regular las relaciones sociales, o con épocas de ajuste o equilibrio, donde las necesidades de cambio han sido dominadas, retardadas, o sofocadas, por la acción de los grupos de poder.

Quiere decir, por tanto, que la evolución de la humanidad no es, como dice Spengler, fatalista, determinada a morir, como paralelo con la vida biológica del hombre. Quizá esta teoría pueda aplicarse a la constitución política y al desarrollo de determinados sistemas, pero no al conjunto de la historia de la humanidad. Rocher opina que el cambio social nos lleva a tomar en cuenta el sentido profético de los teóricos de la sociología, y su consecuente sentido de la previsión de los acontecimientos humanos. Previsión que tiene cinco caracteres definidos (1): visión crítica de la sociedad presente, como punto de partida y que se refiere al análisis del estado actual de la sociedad, es decir, a buscar sus contradicciones, sus ambigüedades. Se

(1) Rocher, G., op. c. págs. 28-30.

gundo, un carácter meta-científico, es decir que escapa a la investigación científica y se desarrolla más bien dentro del campo de ideas, valores o creencias. Es la previsión científica, que no está inspirada en creencias, sino que parte del conocimiento del pasado y del análisis del presente, para proyectarse en el porvenir. Para un sociólogo, este tipo de previsión es el más adecuado, porque ha utilizado, no la especulación, sino bases metodológicas, científicas, desprovistas de juicio de valor y le permiten emitir hipótesis o leyes más científicas, que la investigación empírica puede comprobar. Tercer carácter de la previsión, es que quiere ser inspiradora hacia determinados comportamientos sociales, que imagina como adecuados, y por tanto, bajo esta óptica, busca influenciar el curso de la historia.

El cuarto carácter de la previsión se refiere a cierta seguridad o carga probabilística en la producción de los fenómenos que estudia y en su proyección hacia el futuro, que tiene, como quinta característica el de ser optimista y pesimista, según las condiciones en que el cambio se produce.

En el análisis del cambio social, el sociólogo se plantea previamente una serie de cuestiones que van desde, qué es lo que cambia, es decir, en qué aspectos del sistema se visibiliza más el cambio, si en las estructuras, en los valores o en las relaciones de grupo, formas de vida, etc.; en el tipo de cambio, sea democrático o revolucionario, hasta el ritmo que imprime diferente velocidad a las transformaciones. Sin olvidar el estudio de los agentes, que, como veremos más adelante, pueden condensarse en dos fundamentalmente: en las masas o en las minorías. Este último aspectos interesa de manera especial, porque, al analizarlo, se están estudiando las necesidades del actor social, las presiones sociales que sufre, las alienaciones que experimenta y la fuerza con que intenta superar las contradicciones, así como los bloqueos institucionales que, en su vocación histórica, vaya encontrando en el desarrollo del proceso.

2. Las causas o factores del Cambio

Los teóricos de la sociología explican de diversas maneras las causas del cambio, que van desde los demográficos y la densidad moral, de Durkheim, hasta los factores ideológicos, como motor de la historia, pasando por el determinismo económico de Marx.

Un rápido análisis (1) de cada uno de ellos nos permitirá ir desbrozando el bosque rico de intenciones teóricas, para entresacar aquellos elementos comunes, que ayuden a construir una explicación general y permita extraer conclusiones válidas.

Para Durkheim, en 'La división del Trabajo', el motor del cambio y de las transformaciones sociales, es la presión demográfica, que trajo, como consecuencia, una división del trabajo, el cual pasó desde las más sencillas formas, como son la esquemática de la sociedad tradicional, a las más complicadas de la vida moderna. La división del trabajo, en las primeras, era simple; se limitaba a una división casi por sexos y la vida familiar, social y económica, estaba orientada por estos valores del trabajo. Al aumentar la presión de la población sobre la estructura social, cambiaron las formas de relaciones y se hizo necesaria una más compleja revisión de las condiciones de trabajo. Aparece la especialización, consecuencia de la presión de la población y de los cambios técnicos. Por último, las formas culturales evolucionan hacia otras formas más complejas, más ricas y más complicadas. La teoría de Durkheim fué enriquecida con las aportaciones de George Ba-landier y Riesman, con 'La muchedumbre solitaria' del segundo y en los estudios sobre los regímenes africanos, el primero.

(1) Ver Rocher, G., op. cit. págs. 39ss.

Para otros sociólogos, la evolución de los instrumentos técnicos que el hombre empleó en su vida material, tiene mucho que ver sobre las condiciones de vida. Las técnicas, imprimen ritmo nuevo a las relaciones sociales, crean instituciones que son consecuencia a su vez de estos cambios y ordenan la sociedad de acuerdo a tales conquistas técnicas. La aparición de necesidades más compulsivas, el establecimiento de nuevas relaciones instrumentales entre el hombre y la naturaleza, la búsqueda de nuevos recursos que alivien en parte las condiciones de trabajo, fueron, para algunos autores, los factores elementales y básicos del cambio. Estos cambios técnicos, que se manifiestan en el paso de la vida rural a la vida urbana, modificaron substancialmente las relaciones entre los actores sociales, introdujeron nuevos valores, crearon nuevas organizaciones y sus correspondientes instituciones. Evolución, por tanto, de la vida rural a la vida urbana: importancia de los elementos formales sobre los informales; aparición de lucro, de grupos secundarios, etc., fueron las consecuencias de los cambios técnicos.

La importancia que se le ha dado a las causas técnicas, como razón del cambio, ha sido exagerada. Ciertamente que el adelanto técnico ha modificado profundamente la organización social, pero cabe preguntarse si la relación causa-efecto, que se establece, no está falseando la realidad de la historia. Las necesidades crean los instrumentos, estimulan la capacidad creadora del hombre y repercuten en las formas de relacionabilidad. Todos los determinismos, del tipo que sean, peligran de ser demasiado simplistas. La íntima relación que hay entre todas las creaciones sociales, son tan evidentes, que el "monismo" causal arriesga esquematizar al máximo y no permite sacar a la luz, las infinitas variables que se esconden tras la riqueza de la cultura humana.

Es la misma crítica que se le hace a Marx y a su determinismo económico. La infraestructura de la sociedad son las relaciones económicas, relaciones de producción, que corresponden a un grado dado del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales, dice Marx en su "Crítica de la economía política", en una cita que se ha

hecho clásica. Del conjunto de relaciones económicas, se extrae la estrutura económica, sobre la que se construye un edificio real, que son las superestructuras jurídicas y políticas, y que corresponden a determinadas formas de la conciencia social. En resumen, dice Marx, el modo de producción material, determina las formas de sociedad, y desarolla la vida social, política e intelectual.

No es la conciencia lo que determina su existencia, sino al contrario, es su existencia social la que determina la conciencia. No es lo que los hombres piensan, lo que debe interesar, sino que piensan así porque su pensamiento corresponde a su grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Y a partir de aquí se edifica toda la teoría marxista, que contempla las formas de producción, las relaciones, la lucha de clases, la evolución de la sociedad hasta las formas capitalistas y socialistas del futuro.

Es a través de estas connotaciones, que se comprende el cambio social, motor de la historia y que es, en resumen, la lucha de clases. Los cambios sólo se explican por las modificaciones en las relaciones de producción, entre los que poseen la propiedad privada de esos medios de producción y los que son explotados. Estas relaciones, de diferentes clases y dimensiones, explican a su vez la dinámica de la historia, o la historia de los hechos mismos. Porque no es sino un intento de modificar esas relaciones lo que es el quehacer histórico, es decir, lo que da sentido a la acción histórica.

Así, pues, el factor económico, es el factor del cambio. Pero creer que Marx desarrolló otro tipo de "monismo", más sugestivo, más arquitectónicamente complejo y atractivo, pero "monismo" al fin y al cabo, es un error de interpretación. Dos autores, tan diferentes como Gurvicht y Lefevre, opinan que Marx fué quizás el menos dogmático de los fundadores de la sociología, y que su dogmatismo ha sido una mala interpretación por el deseo de intentar la unidad explicativa de la conducta social del hombre, a través de una síntesis sociológica. En la revisión, los neo-marxistas, Lefevre, por ejemplo, intentan poner las cosas en su sitio, al decir que Marx no quiso decir que las causas económicas sean

las determinantes, porque las superestructuras tienen su propia dinámica, y sólo en última instancia hay que buscar la existencia y realidad de las formas de vida, de la organización social y del estado de la lucha de clases, en las infraestructuras económicas. Lo cual es, a juicio de muchos, poner las cosas en su sitio.

Hemos simplificado la teoría por consideraciones fáciles de explicar, ya que no entran de lleno en nuestro estudio, sino solo aquellos elementos de análisis que van a servirnos luego de apoyo en los capítulos que siguen. Por tanto, sólo se han "entresacado" las variables más significativas, y las de mayor peso en la construcción del modelo de cambio y en su aplicación a los países en vías de desarrollo.

Otras teorías ponen énfasis, como causa o factor del cambio, en el mundo de las ideas, de los valores culturales. Las ideas "mueven" a los hombres a la acción, crean un sistema ideológico y a través de él formulan sus proyectos, crean grupos, invitan a la acción social, es decir, a la organización de la sociedad en base a esas ideas. Los cambios se explican entonces por "cambios" en la configuración del horizonte de las ideas. Así por ejemplo, la tesis de Weber en su libro sobre "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", donde desarrolla la teoría de que el lucro, el beneficio, la búsqueda de la utilidad, son características del capitalismo, o lo que es lo mismo, la utilización racional de los cálculos económicos, y las condiciones del mercado.

Y con estos elementos construye su teoría. Se base en el espíritu del hombre, que tiene una visión racionalista de su conducta económica, permitida por una reinterpretación de la religión calvinista: el triunfo en los negocios es exponente de la pre-destinación. Fundada sobre este determinismo, que significa la adecuación de la voluntad humana a la voluntad de Dios, adquirió caracteres extra-religiosos. Comenzando con el concepto de trabajo; en el fondo, el trabajo es identificación con la voluntad de Dios, que nos impone una tarea determinada y por tanto el trabajo está divinizado y

bendecido por Dios. Que éste trabajo produzca "beneficios" es porque Dios lo aprueba y por tanto el lucro está permitido. Al lado de esta faceta se desarrolla otra, no menos interesante, como es la de la moral y el ascetismo, lo que no impedía que la acumulación de riqueza tuviera una base teológica y propiciara el desarrollo del espíritu de empresa.

A partir de aquí, toda la construcción teórica de Weber adquiere una consistencia lógica: el desarrollo de la sociedad es natural, buscando fuentes donde enriquecerse, y donde ejercer la actividad en el trabajo. El capitalismo, consecuencia de esta concepción teológica del trabajo, es resultado de una pre-destinación del hombre. Por tanto, el motor del cambio, son las ideas religiosas.

Por supuestos que, por muy atractiva que pudiera parecer esta concepción, ha sido abandonada por las fisuras que presenta; no basta para explicar "omnicomprensivamente" la evolución de la humanidad.

Más importancia, aunque también tiene sus lagunas, es la que explica los cambios a través de las ideologías, es decir, a través de un sistema de juicios que explican las conductas y situaciones de un sistema social, el cual evidencia su coherencia por la correspondencia entre ideas, grupos e instituciones. La ideología aclara los problemas del cambio, puesto que se fundamenta sobre ella. Es racional, porque cohesiona la acción del sujeto histórico y establece un repertorio de valores, que orientan la misma acción social. Por tanto, las ideologías, como trasfondo en que se integran valores y normas de conducta y que corresponden a diversos momentos del proceso de cambio, son el motor de la historia, y, analizando la evolución de las ideologías, comprenderemos los pasos que el hombre da para ir recorriendo el camino de su transformación social.

Estas ideologías, configuración estructurada, coherente,

del mundo de las ideas, tienen diversas clasificaciones (1).

Una última teoría sobre los factores, es la de la sociología del conflicto, salida de la polémica entre los que consideran a la sociedad integrada en una serie de valores e instituciones y los que opinan que los conflictos son la fuente del cambio. La referencia a Marx es incuestionable y dio nacimiento a la interpretación de Dahrendorff, quien (2) ha intentado construir, a partir de Marx, pero criticándole ciertos aspectos, (como son dar matiz de lucha de clases a todos los conflictos sociales, que los conflictos lleven a una revolución y que éstos tienen su origen en la propiedad o no propiedad de los medios de producción), su "sociología del conflicto", con aportaciones de Coser, sobre "la terminación del conflicto" (3). Para Rocher, Dahrendorff ha intentado un doble objetivo:

(1) G. Rocher, op. cit., págs. 96-97 las clasifica en ideologías de grupos particulares, de la sociedad global, supranacional, de los grupos que detectan el poder, reformistas, revolucionarias, reaccionaria, conservadora, progresista, radical, de izquierda o de derecha. Sirven, en cierto modo, por la riqueza de la división para estudiar casos concretos. Sin embargo, como la división está hecha en base a criterios mecanicistas, puede haber ciertas dificultades de aplicación, ya que ninguna se presenta, por así decirlo, en estado puro. Las relaciones de unas con otras, dificultan el campo de aplicación, aunque los criterios para seleccionarlasy hayan sido el contenido, el carácter político (sobre la participación en el poder), y los medios de acción. Separar estos elementos de análisis es difícil, por lo que nosotros, en nuestro estudio, las hemos simplificado, en dimensiones, que facilitan el análisis de casos concretos.

(2) Véase "Las clases sociales y su conflicto en la sociedad Industrial", Ed. Rialp. Madrid.

(3) L.A. Coser: "Nuevas aportaciones de la teoría del conflicto", Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1967.

"explicar la formación de grupos de conflicto y dar cuenta de la acción por la cual se producen cambios de estructuras (en el sentido parsoniano) dentro del sistema social" (1).

A partir de estos objetivos construye una explicación del cambio, describiendo las formas de autoridad del sistema social, y su desigual repartición; en cómo se ejerce la autoridad, cuando tiene su origen en las diferentes formas de concebir los intereses de clase; de qué manera se presentan socialmente los diversos grupos de interés y cómo entran en colisión; cómo se han interiorizado esos intereses y qué capacidad se tiene para defenderlos. Qué posibilidades hay de conseguir sus objetivos y, naturalmente, cuál es la intensidad con que la conciencia los ha percibido. Todo ello en relación no sólo con la capacidad de percepción, sino con los medios organizacionales e ideológicos con que cuentan los grupos.

Sin embargo, lo extenso de la crítica de Marx que hace Dahrendorff, resta lugar a perfilar más nítidamente su modelo de explicación de los factores del cambio. Cierta debilidad en las formas del conflicto y en la manera en cómo se desplaza de un extremo a otro, impiden dar forma más precisa. Por un lado hay confusión conceptual y por otro no da facilidades para operacionalizar esos mismo conceptos.

(1) G.Rocher, op. cit. pág. 106.

Los agentes del cambio

La literatura sociológica es más rica en este aspecto y se presta menos a diferencias ideológicas, porque los actores sociales, que son los agentes del cambio, reducen el campo de interpretación.

Estos agentes podemos reducirlos a dos: minorías y masas. Las primeras han sido estudiadas por Pareto, y su célebre "circulación de las élites" (1), Gaetano Mosca (2) y Wright (3).

1. Las Minorías. Las élites son actores sociales de cualidades excepcionales, que detectan las necesidades sociales, y se convierten en conductores de la acción social. Su valor, para Pareto, es cualitativo, puesto que actúan e influyen al grupo en base a las ideologías que los animan, y sobre ellas se apoyan. Surgen en momentos cruciales y tienen unas características específicas, que van desde un grado de neurosis más o menos fuerte, hasta una capacidad especial para vislumbrar soluciones e inventar estrategias. Son, por tanto, elementos indispensables en la conducción del cambio social, ya que, en algunos momentos del conflicto, si no aparecen en el horizonte ideológico, el esfuerzo se pierde, por la incapacidad de las masas para actuar. La falta de una formación política, la ambigüedad de conductas, los diversos intereses en juego,

(1) Pareto Vilfredo "Traité de sociologie generale", Payot Paris 1919.

(2) Gaetano Mosca, "The ruling Class". Mc. Graw Hill, N.Y. 1939.

(3) Wright Mills "The Power Elite". Oxford University, Press. New York 1957.

así como las diferencias de estrategia a desarrollar, son campo de fricciones, de desintegración y el esfuerzo que supone la búsqueda de una salida al conflicto, puede ser estéril. Este desarrollo de las élites, se da en condiciones histórico determinadas; por ejemplo, cuando las masas son incapaces, por subdesarrollo cultural, de actuar por sí misma, o cuando, las necesidades conyunturales del cambio, obliguen a la búsqueda del líder o de la minoría que integre esfuerzos y aune divergencias.

Las élites se reclutan en diversos estratos sociales, según Pareto y no procede de la misma clase ni se hereda el liderazgo. Ciertamente que las condiciones exigidas al líder, son, en cierto modo, limitadas a clases sociales con grado fuerte de desarrollo cultural, con formación, no necesariamente superior. Pero se les exigen unas condiciones mínimas para poder ir a la cabeza de los movimientos sociales o políticos.

No es extraño, sin embargo, ver sugerir los líderes de los estratos bajos, e históricamente no es raro que la clase obrera haya dado a la teoría del liderazgo suficientes ejemplos como para evitar hacer ley universal la "aristocracia" del conductor. Sin embargo, es más frecuente que el líder salga de la clase media o clase alta, por esas condiciones, o pre-condiciones exigidas.

El liderazgo puede tener, en opinión de Mosca la característica de una verdadera clase social. El término puede confundir. Es más exacto, sociológicamente hablando, darle la denominación de "categoría social", cuyas bases son la identidad de clases, de cultura, de intereses, hasta el extremo de hacer verdaderos esfuerzos sociales y organizativos para conservar el poder que les da el carácter de conductor de la sociedad.

Para Mills (cuya "teoría de las élites" nos parece más adecuada a la realidad histórica del fenómeno), la élite no es homogénea, y por tanto no puede tener la misma procedencia de clase, ya que son dos fenómenos distintos. La élite es simplemente una élite de po-

der, que tiene su más adecuada expresión social en las élites económicas o políticas y en los líderes empresariales o burocráticos; éstos, sin embargo, pueden, a pesar de proceder de grupos diferentes (económicos, políticos, etc.), aliarse para conservar el poder y extender su influencia en los momentos en que las condiciones históricas en general, o políticas y económicas en particular, lo permitan.

Las aportaciones de Mills han servido en gran parte para analizar el poder de las élites, su composición, dinámica, y rol que cumplen. Para detectar el grado de dependencia que tienen los de los países del tercer mundo y en particular los de América Latina, donde las élites económicas, formadas por empresarios capitalistas y oligarcas, han creado una especial estructura de dominación y han tenido decisiva influencia en las condiciones en que se producen el cambio social. Por otro lado, es necesario unir a estos análisis, el importante papel que las élites empresariales (1), obreras y campesinas (2) en la dinámica del desarrollo latinoamericano. Su rol, decisivo, no ha sido suficientemente estudiado y aquí tienen los sociólogos parte de un rico material para buscar las causas del subdesarrollo en función de las orientaciones históricas de estas élites. Los analistas de ciencias sociales (politicólogos, economistas y sociólogos), han puesto más énfasis en las consecuencias del subdesarrollo y en las condiciones estructurales que lo favorecen (la teoría, por ejemplo de la dependencia), que en el rol de las élites, como elementos de transmisión entre las condiciones y los actores históricos. Un análisis más a fondo, nos indicaría cuáles son los sutiles lazos que los unen, el porqué de su aparición y de qué manera puede reorientarse su acción histórica.

(1) Recordemos los estudios de Landberger, sobre "élites empresariales", en "Elites y desarrollo en América Latina", dirigida por Lipset. Ed. Paidós. Buenos Aires.

(2) A este respecto, los estudios de Cardoso, sobre élites obreras y Aníbal Quijano, sobre élites campesinas, en el mismo volumen.

Por los ejemplos que la literatura nos da, podemos inferir que, en la problemática del cambio social, las élites, nuestras minorías de análisis, tienen un valor y un rol decisivo, tanto en la intensidad del cambio, como en su ritmo y dirección. La aparición de diversas categorías de élites reenfuerzan nuestra idea de que las causas del cambio pueden ser múltiples y diversos los factores que los provocan. Las condiciones históricas dadas, las élites surgen como consecuencia de estos conflictos. Y no al contrario, como sugieren diversos autores. El líder, primeramente, detecta, intuitivamente, las necesidades de la masa, les da forma, las visibiliza, proporciona una estrategia, inventa unos símbolos y aglutina las diversas fuerzas. La "proliferación de élites", a diferencia de lo que señala Rocher, no se debe a su misma existencia, sino a que la sociedad moderna, rica en conflictos, violenta en las condiciones en que se desarrollan las diferentes acciones históricas, necesita líderes, minorías, cuyo rol, repetimos, es decisivo, porque pueden manejar, destruir, desorientar, manipular o, por el contrario, acelerar los procesos del cambio. Todo depende, no sólo del poder que detectan o que les sea otorgado por los grupos sobre los que se opera y presionan al cambio, sino de la acción de los grupos en reacción, que se ven afectados más directamente por la negatividad que el cambio supone para ellos.

Para terminar nuestra referencias a las élites y su rol en el proceso del cambio, solo nos resta hacer alusión a las élites burocráticas u organizacionales por la importancia que tienen, no sólo para nuestro estudio, sino, en general, para conocer la dinámica, composición y trayectorias de las minorías. Ya hemos reseñado en su momento, el rol del liderazgo en la burocracia, la cantidad de poder que la organización le entrega; las luchas internas para escalar las zonas de poder que permitan un disfrute de los beneficios y un acaparamiento de la autoridad. El fenómeno es más evidente en las organizaciones políticas, en los partidos, sobre todo en aquellos que están en el poder. Los estudios sobre burocratización de las élites organizaciona-

les, cuyo peligro denuncia la literatura Marxista (1), refleja el interés que despiertan por el hecho de la creciente burocratización de todas las organizaciones. Otros estudios se centran en el poder de los expertos y de los dirigentes sindicales, como una forma de desburocratización de los primeros y burocratización de los segundos.

2. Las masas y el proceso de cambio. El término masa puede parecer ambiguo a la hora de definirlo. Intentar una conceptualización puede ser tarea difícil, aunque para nuestro estudio, bastaría con concebirla como grupos de acción histórica, miembros de una colectividad que asumen el papel de dinamizadores del cambio; que pueden ser a la vez objeto y sujetos de su misma acción. Es decir, que ellos mismos pueden concebir, desarrollar y ser los sujetos históricos sobre los que se realicen las transformaciones.

Puede arguirse que las masas no actúan solas, que los ejemplos históricos señalan la aparición, por encima de la masa o del grupo que se "mueve", de una élite y que la masa o el grupo es sólo el elemento que le sirve de apoyo. Pero también existen ejemplos en la historia social y económica, de casos en que es el obrero, la masa de obreros, de la que ha surgido la dinámica del cambio y lo ha generado porque tomó conciencia del conflicto. La madurez de las masas obreras modernamente, no necesita en el fondo, del líder, "venido de afuera", sea estudiante o intelectual, para su dirección. Ellas mismas escogen a sus líderes, cuyo papel no es decisivo, porque solo coordinan las voluntades del grupo.

(1) Basta recordar las fuentes bibliográficas ya utilizadas, como son, las de Marx y Lenin, las discusiones con Trotsky, Rosa Luxemburgo, etc.

Es esta madurez del movimiento obrero la que levantó la esperanza de Rosa Luxemburgo, cuando estudiaba las condiciones en que se movían los sindicatos alemanes de comienzos de siglo, o la que animó a revolución rusa.

Ya anteriormente Marx había señalado la importancia de la Comuna de París, como el primer estado obrero, nacida de la propia gestión obrera. Y hoy en día, tanto en las sociedades altamente industrializadas, Inglaterra o Francia, como en los países socialistas, el movimiento obrero, aún a riesgo de sentirse dominado por los profesionales de la burocracia, están ensayando, liberados de toda tutela externa y extraña, conducir el cambio.

Los sindicatos, organizados para conseguir objetivos más allá de los profesionales, entran en esta categoría, lo mismo que la masa estudiantil; la connotación política de las violentas luchas de estos últimos años de uno y otro, muestran la clara tendencia que los anima a modificar sustancialmente el cuadro social en el que se insertan. Las revoluciones modernas no tienen otro sentido y así, creemos, deben ser analizadas. Los líderes apenas si hacen acto de presencia y las mismas masas han rechazado todo liderazgo, porque saben que pueden aprovecharse de su fuerza revolucionaria en beneficio de intereses particulares o de grupos extraños.

Es la puesta en marcha de los tres principios tourainianos del análisis de la acción social, que se manifiestan en el principio de identidad, oposición y totalidad (1). El principio de "identidad" se basa en la conciencia de sí mismo, en el orgullo profesional, en la afirmación clara de lo que representan y en los intereses que de-

(1) Ver Alain Touraine, "Sociología de la acción", Barcelona, Ed. Ariel, 1969.

fienden. El principio de "oposición" va dirigido contra los que son sus adversarios y los que le atacan. Entre los obreros, la oposición va dirigida, en primer término, contra los patronos, que son los tradicionales enemigos de la acción obrera, puesto que intentan dominar lo a través de los recursos sociales, que les da el manejo de la estructura de poder. La lucha de clases adquiere dimensiones, en este sentido, políticas, económicas y sociales. Es decir, la "oposición" reivindica las pérdidas que sufre en sus relaciones con los propietarios de los medios de producción.

El tercer principio de "totalidad", como que actúa basado en valores sociales superiores y universales, extiende su acción a la sociedad global y la hace objeto de su acción, puesto que es en referencia a la sociedad global que el movimiento de masas actúa.

Estos tres principios de análisis son útiles cuando queremos estudiar los problemas del cambio, porque engloban a los actores sociales, a los objetivos de la acción social y a los fines de la misma. Movimientos obreros, estudiantiles, religiosos, sindicales, pueden ser analizados con estos principios; porque, prácticamente, la sociedad moderna, busca nuevas formas de organización social, para salir de la crisis profunda en que se desarrolla y poder superar así las alienaciones heredadas.

Las masas pueden presionar hacia un cambio violento o un cambio pacífico. Las revoluciones o las reformas que se derivan consecuentemente de la acción de estos grupos, nos permite detectar cómo se van creando los valores, cómo aparecen en un momento histórico determinado y en qué sentido se organiza la presión. Es decir, cuáles van a ser los elementos estructurales más marcadamente modificados por la presión de las masas.

La acción puede ir desde un movimiento religioso, que reorienta las actividades religiosas, en orden a una transformación de la acción del sujeto, hasta un movimiento político; desde la organización de asociaciones de trabajo, corporaciones, movimiento de con-

sumidores, hasta los movimientos estudiantiles. Todos ellos tienen inscritos el objetivo de su acción: la transformación, el cambio subtancial de la sociedad en la que se desarrollan.

Por eso pueden tomarse como grupos de presión. Los movimientos sociales se convierten en grupos de presión, cuando las condiciones históricas del cambio, así lo exigen. Es decir, cuando actúan sobre la estructura del Estado, para intentar obtener beneficios o intereses determinados. El movimiento social es un término genérico, que expresa las condiciones en que aparecen, los elementos que los componen; pero no tienen una definición precisa de su acción, sino como germen de organización y de prosecución de fines específicos. En grupo de presión se convertirán sindicatos, partidos políticos, cuando especifiquen sus intereses en orden a influenciar los poderes del estado, o cuando hacen referencia a la "totalidad".

Así, el grupo de presión, que puede estar constituido por diversos actores históricos, o por unión de diferentes grupos, como estudiantes y obreros, partido político, es, bajo nuestro análisis, un elemento social que provoca el cambio y, por tanto, puede ser agente de cambio.

Las masas, en definitiva, actúan sobre el sistema social de dos maneras: o en violencia continua, cuando las reglas del juego así lo exijan, es decir, cuando los bloqueos institucionales sean lo suficientemente fuertes como para no permitir la transformación de las condiciones sociales por medio de la acción contractual, o pacíficamente, cuando la sociedad posea los mecanismos institucionales que sirvan de instrumentos de transformación o de cambio, lento o rápido, planificado o no, evitando acudir a la violencia. O cuando la masa tenga la suficiente fuerza originaria como para obligar a la estructura del estado a dar salida a sus intereses.

En el cuadro que más adelante diseñaremos, veremos cómo se desarrolla esta acción y cuáles pueden ser las consecuencias sociales. Adelantemos que, cuando los actores sociales son las masas, los gru-

pos de presión estructurados, pueden ir desde la búsqueda de la participación en las actividades económicas, las mejoras en las condiciones de trabajo, los más adecuados salarios, la extensión de la educación y la cultura popular, hasta la proliferación de ideologías políticas, cuando el sistema social, por el caos en que se encuentra, propicie la multiplicación de los partidos, porque el futuro de la sociedad se encuentra comprometido dentro de una diversidad de órdenes.

* En este último caso, en el de la violencia, la revolución social es marcadamente política, porque sólo hay soluciones políticas a los problemas sociales del cambio. Son los casos del tercer mundo, de aquellos países donde la conciencia obrera está clarificada por el trabajo político y ha tomado conciencia de su rol en el cambio.

Para terminar, digamos que existe un evidente lazo entre los valores que presiden las representaciones sociales, la toma de conciencia de la necesidad de transformar las estructuras, sistemas o instituciones, en que se apoyan esos valores y la forma violenta o pacífica, la cual depende de los bloqueos que encuentre, de la acción de los elementos afectados, del compromiso de los líderes o minorías y de la conjuntura histórica.

Las notas apuntadas sobre la teoría del cambio, pueden ayudarnos a esbozar un análisis de las condiciones en que se producen en los países en vías de desarrollo.

CAPITULO SEGUNDO

EL CAMBIO Y LOS PAISES DEL TERCER
MUNDO.

Sólo un breve resumen ya que todos los elementos de análisis que vamos a utilizar, han sido diseñados y descritos en páginas anteriores; pero para comprender la importancia que la estructura burocrática tiene en los países del tercer mundo y su rol en el proceso de cambio, interesa este resumen, como una manera de poner en orden los trazos culturales, políticos, económicos y organizacionales, que van a adquirir importancia capital en las transformaciones sociales.

Digamos para empezar, que los países del tercer mundo son de naturaleza tan diversa, de condiciones tan diferentes y de cultura tan opuesta, que es difícil intentar siquiera una aproximación a un modelo general. Ciertamente que el denominador común son las formas de vida subdesarrolladas, pero entre estas formas, hay diversas categorías, y por tanto, los cambios pueden tener repercusiones y procesos distintos.

Por otro lado, el mismo carácter de la dependencia, que es símbolo y causa del subdesarrollo, puede tener diferentes grados y los esfuerzos para escapar a los centros de decisión política y económica también diferente fuerza y manifestaciones. La teoría de la dependencia (1), ensayada últimamente, intentar medir la correlación de fuerzas, así como las presiones que sufren los países en desarrollo por parte de los centros de decisión, no sólo en su economía y en la toma de decisiones, sino también en los obreros, en su formación cultural y en el compromiso de los intelectuales.

El cambio, por esta razón, no puede ser analizado como para sacar consecuencias generalizadora; es arriesgado siquiera inten-

(1) Véase toda la literatura al respecto: Gunder Frank, Furtado, Dos Santos, etc.

tarlo, por las causas apuntadas. Pero a ello nos obliga nuestro análisis, aun cuando nos quedemos en la superficie; el tema bien merece correr este riesgo.

Los países en vías de desarrollo sufren más que los industrializados la necesidad del cambio. Los segundos, realizada la revolución industrial, aun cuando se ven compelidos a nuevas transformaciones, por las crisis de valores e institucionales que sufren, tienen una dinámica menos abierta, los cambios son menos evidentes, menos espectaculares. Las formas de vida, las instituciones, van evolucionando a través de crisis, pero sin llegar a la violencia total. Se dice, es verdad también, que el paso de la sociedad industrial a la sociedad post-industrial, no se verificará sin cierto costo político y social. Que las tecnologías, las grandes organizaciones multinacionales, los compromisos políticos empujan cada día al hombre moderno, a nuevas compulsiones y se ve obligado a romper con las nuevas alienaciones tecnológicas o ideológicas que surgen en el panorama vivencial.

Para los países del tercer mundo, el problema es diferente. El cambio no es consecuencia del consumo de masas, de la sociedad del ocio, de la manipulación ideológica. No son problemas por "exceso" sino por "defecto". No se trata de ir a buscar el paraíso donde no se construyan "ideologías", sino de buscar algo más real y más necesario como son las condiciones económicas para "sobrevivir". Los problemas del desempleo, de la miseria, de la explotación, consecuencia directa de un vivir en función de sistemas ajenos, son los problemas que cada día se presentan más dramáticamente en el horizonte político y económico.

Economías deficientes, estructuras endebles, empresas no rentables, derroche de los escasos recursos. Estas son las dimensiones del subdesarrollo, que tiene su más específica figura en las diferentes formas de vida. Al lado de una clase social alta, coherente, dinámica, con conciencia de su propia existencia, clase que dirige los destinos, que ha heredado el poder político y económico y

es consciente de esta herencia y hace lo posible por disfrutarla, se encuentran todos los demás: una clase media sin consciencia de clase, sometida a los valores de la clase superior y puesta a su servicio. Una clase trabajadora, no cualificada, que vende su fuerza de trabajo sin poder establecer las reglas del juego. Y una clase campesina, aun más pobre, que no disfruta de ninguno de los beneficios sociales.

Este es el esquema social en que, aproximadamente, se desarrolla la vida total en el tercer mundo, con las salvedades que hicimos. La dinámica de las clases es diferente, las economías diversificada en algunos, de monocultivo en otro. Con un grupo poderoso, como clase media, en unos; sin apenas conciencia de clase en la mayoría.

No se pueden incluir en el mismo cajón, sistemas tales como el latinoamericano o el africano. Ni siquiera entre los países de habla española hay uniformidad. No son los mismos problemas del desarrollo los de la Argentina o Brasil y los de Bolivia o Ecuador. Las diferencias estructurales son tan notorias que obligan a un tratamiento diferente. El denominador común de todos ellos es, por un lado, el grado de dependencia y, por otro, la correlación de fuerzas, y la forma en que se desarrollan las relaciones con los centros hegemónicos de poder y los esfuerzos que se realizan para escapar de la dominación.

Es este último aspecto el que nos interesa, porque el problema del cambio, como elemento de análisis sociológico, es un problema vital. Ya hemos visto que el cambio se da por un principio de transformación social, que tiene su origen en la dinámica social y cuya explicación dependen de las bases ideológicas en que funda su metodología. Supuesto lo anterior, nos interesa más que nada, en este momento de nuestro trabajo, reseñar los agentes del cambio, porque van a tener decisiva influencia, según el grado de compromiso y de claridad con que interioricen su rol histórico.

Primero consideremos que las fuerzas en pugna, (cuya ope-

racionalidad depende de las condiciones estructurales en que se mueven, de las ideologías que los animan y de los instrumentos que dominan), son consecuencia misma del subdesarrollo. Y que su rol está en función de la claridad con que reflejen los estímulos que vienen de fuera y la capacidad de organización.

Doa agentes nos parecen, en este momento, los más lúcidos: los movimientos obreros y los movimientos estudiantiles. Uno y otro actúan y presionan las paredes del sistema social con ímpetu. Aunque las alienaciones sufridas son diferentes, (económicas los primeros e ideológicas, los segundos), sin embargo, la fuerza que desarrollan, la espectacularidad de sus presiones y las formas en cómo organizan la acción, son más evidentes y revisten mayor transcendencia. Puede objetarse que, en el fondo de cada movimiento obrero o estudiantil, se da una ideología política y un líder político. Es cierto y no podemos olvidar este hecho. Sin embargo nos interesa en este momento recalcar que el profetismo de algunos sociólogos con sus esquemas y previsiones, no corresponden a la realidad de los hechos. Porque no se ha tenido en cuenta que, todo determinismo es insuficiente para explicar, con un sentido teleológico, el destino de la humanidad.

Y la prueba la tenemos en las diversas orientaciones del movimiento obrero, que van desde las reivindicaciones económicas, con sus correspondientes mejoras de los niveles de salario, jornada de trabajo reducidas, aumento de la seguridad social, etc., hasta las conquistas de los estados obreros, con la autogestión a la cabeza, como la de los países socialistas, que vigilan la pureza de sus conquistas y son un freno, hasta donde pueden, de las tendencias burocráticas de las minorías gobernantes.

Nuestro análisis sería insuficiente sí, al lado de estos movimientos sociales, como búsqueda de romper con las condiciones del subdesarrollo y de eliminar las causas que están en el fondo, no hiciéramos alusión a los grupos de presión, aparte de los indicados, que se dibujan en el panorama, rico de hecho y de matices, de los países en vías de desarrollo.

Por un lado, como los problemas fundamentales que tienen son problemas políticos, es decir soluciones políticas a los problemas sociales totales, la solución no puede ser una y de aquí la multiplicidad de grupos políticos que se mueven en el panorama confuso del tercer mundo. Es decir, pluralidad ideológica y pluralidad partidista. A veces, las diferencias entre uno y otro, entre una y otra solución, son mínimas, y se pueden localizar en focos muy concretos de la acción o de las estrategias (por ejemplo, entre la diversidad estratégica de los grupos de izquierda). Otras veces, las diferencias ideológicas son profundas y los análisis políticos que realizan, llevan a conclusiones totalmente diferentes. De aquí la imposibilidad, en algunos casos, de constituir un conglomerado de fuerzas para provocar el cambio social.

Estos son, en resumen, los aspectos esenciales del cambio social en los países del tercer mundo; sus orígenes y sus consecuencias y las fuerzas sociales que se manifiestan en el proceso. Todo ello debe ser tratado con un sentido totalizador, para comprender lo que sucede en el interior de las situaciones. El análisis sociológico nos proporciona los instrumentos adecuados para llegar a un diagnóstico más o menos acertado y previsorio de lo que sucede y de las consecuencias futuras.

Aclaremos, que, si no entramos en más detalles, se debe a que no es el objetivo principal profundizar en este aspecto del cambio, sino describir las condiciones en que se da y considerarlo como un hecho. Sólo nos resta añadir que, supuestas estas transformaciones, el rol de los agentes depende de la claridad ideológica de las minorías y de la coherencia de los grupos protagonistas del proceso. Es con esta perspectiva que debe entenderse toda revolución política, que intente transformar los esquemas de poder, la naturaleza del estado y el contenido mismos de los valores sociales.

Los aspectos del cambio social son más evidentes en el proceso de industrialización y en la modernización de las estructuras administrativas. Ya veremos que éstas van a la par con el intento de "descolonización", a que hace alusión Crozier en un artículo que comentare

mos. El tercer fenómeno, que tanta importancia tiene dentro del mismo proceso, porque es consecuencia de un cierto número de factores incidendo sobre él, es el de la urbanización. Este fenómeno, más pronunciado en los países del tercer mundo, es consecuencia del desempleo, de la modernización y cambio cultural por un lado, y de las migraciones por otro.

La industrialización es la meta que intentan alcanzar los países pobres como una solución inmediata a sus problemas económicos y, a través de ella, alcanzar el desarrollo social. Pero que este fenómeno esconde una contradicción dialéctica, es evidente. Más esfuerzos se hacen para impulsar la industrialización, más frecuentemente la esfera de la dependencia se agranda, y más recursos económicos se desperdician. Como fenómeno, también ligado al anterior, la búsqueda para racionalizar los propios medios, desarrollar una tecnología autóctona y eliminar la dependencia con los países industrializados.

Es el problema, en suma, del paso de una sociedad tradicional, donde las estructuras económicas y sociales tenían una estrecha correlación, a la sociedad industrial, con las transformaciones estructurales, los cambios valorativos, la aparición de nuevas instituciones y las crecientes necesidades. El paso no se verifica sin un cierto costo social y económico; sin que las crisis se agudicen y sin que, en el interior, no se produzcan las consiguientes reacciones ante el proceso natural de cambio.

Por otro lado, la supervivencia de elementos tradicionales, que forman la propia esencia de la sociedad, pueden ser un elemento perturbador del cambio. En ciertos momentos de la transición de una sociedad a otra, estas supervivencias entran en conflicto, porque, aun cuando el análisis sociológico haya puesto en tela de juicio el carácter dual de las sociedades en vías de desarrollo, sin embargo, se distinguen nítidamente estos dos subsistemas. La explicación sociológica se hace a nivel no de dos tipos de sociedades, una tradicional y otra moderna, sino a través de la dependencia de un subsistema con respecto al otro. Pero, lo que sí debemos aceptar es que los dos subsistemas

representan modos de vida y que pueden ser causa de manipulación del cambio.

En este paso, el de la sociedad tradicional a la moderna, en el que las reglas del juego se definen por el grado de dependencia, la modernización va acompañada de una creciente demanda de inversiones, de una reglamentación del aprovechamiento de los recursos, de un mayor número de cuadros técnicos y de una búsqueda ideológica de las bases del cambio. Con ello se responde a las exigencias de las masas, que conscientes de las necesidades de su desarrollo cultural, demandan de las estructuras del estado los medios necesarios para consumir los frutos del desarrollo; vale decir, para un consumo masivo de los beneficios culturales.

No quiere decir, sin embargo, que industrialización, modernización, urbanización, desarrollo e incluso consumo, vayan paralelos y que uno sea la consecuencia del anterior. Los fenómenos tienen su propia dinámica y la industrialización no significa forzosamente elevación de los niveles de vida, sino que, a veces, solo beneficia a ciertos sectores de la producción, y empobrece a otros. Tal es el caso de masa obrera, que puede resultar desfavorecida a la hora de repartir la renta nacional. Las tasas de crecimiento, que se observan en muchos países en vías de desarrollo, ocultan una verdad incontestable: por muy llamativas que sean, a la hora de despojarlas de su carácter totalizador, se verá que esconden realidades dramáticas.

En el cambio hay que considerar, en primer lugar, las condiciones de subdesarrollo de que se parte, es decir, de una economía de subsistencia, que sólo cubre un mínimo de las necesidades primarias. En segundo lugar, la demanda de capitales, forzosa condición sin la cual todos los planes de industrialización, de aprovechamiento de la mano de obra y de transformación de recursos, serían inútiles. Que esta necesidad genera el aumento de la dependencia, es un hecho que ya hemos señalado. Pero la escasez del ahorro interior, y la penuria de los gobiernos, que se mueven con presupuestos ínfimos, obliga a aceptar la ayuda como un sacrificio y un riesgo frente a los problemas del desarrollo.

económico.

Por otro lado, en el proceso de transformación económica, vale decir, en la misma dinámica del cambio, hay que tener en cuenta la masa descualificada y mal repartida de la población activa. Es un hecho bien conocido y del que no haremos mayor comentario. Pero su importancia es capital, porque también esconde problemas a resolver: masa empobrecida económicamente, sin capacidad para ser movilizada en los planes de desarrollos. Los obreros semiartesanales y el fuerte porcentaje del campesinado desperdiciada su productividad y convertidos en el auténtico "ejército de miseria", van a ser los objetivos primeros de la acción política. La movilización social para el cambio se va a apoyar en ellos y en su creciente interiorización de la miseria que enfrentan. Junto a esta masa de obreros sin cualificar y el campesinado numeroso, la categoría de los empleados, cada vez más prolífera, porque, ya lo señalamos, la falta de una economía dinámica y los valores sociales, provocan el crecimiento desmesurado, informe, y casi monstruoso, de una categoría parasitaria, burocrática, que se acoje al empleo como única forma de supervivir y como único exponente de su afirmación de clase.

La movilización social es escasa y los canales están bloqueados por instituciones nuevas, que adscriben al individuo a una clase determinada, sin que tenga mayores oportunidades de modificar, por sí mismo, su clasificación social.

Todos estos, aún en el desorden en que los hemos enumerado, son problemas evidentes de las sociedades en vías de desarrollo; problemas que, en las épocas de crisis, cuando los cambios se hacen más necesario, van a entrar en su etapa más crítica. Porque todos ellos juegan a la hora de buscar reivindicaciones y, el poder político, se encuentra con una carga excesiva de problemas, que hacen más conflictivo el proceso de cambio.

Añadamos a estos problemas la incapacidad administrativa, consecuencia de una escasa tradición burocrática tecnificada y la

ausencia de élites industrializantes, empresariales y administrativas, y tendremos un aproximado cuadro social de los problemas que sufren los países en vías de desarrollo.

Pero estos fenómenos no se dan aislados, sino que entran como propios en la dinámica del mundo moderno. Nada se escapa a las influencias externas, a las crisis mundiales, porque las relaciones se hacen cada vez más cercanas, más llamativamente conscientes. La voluntad de transformación social opera en todos los estamentos de la sociedad, se transmiten a nivel mundial y radicalizan los procesos internos.

Las ideologías juegan un papel preponderante en esta dinámica, desde el momento en que su rol es el análisis del estado actual del desarrollo, de la descubierta de los bloqueos existentes, de las fuerzas en juego y de las soluciones, a nivel societal. Decíamos líneas más arriba que los problemas, eran, en primer lugar de orden político y que por eso se explican las múltiples formas ideológicas y políticas que se debaten en el tercer mundo. Pero también conviene señalar los esfuerzos de algunas élites en buscar propias soluciones a los propios problemas, sin acudir a modelos extraños, cuyas formas alternativas (capitalismo o comunismo) parecerían ser la única solución posible.

Los esfuerzos hacia este encuentro son meritorios porque se basan, no en un nacionalismo patológico, sino en el conocimiento de la propia realidad en los ensayos de otros sistemas y los fracasos de algunos intentos. Las mayores dificultades están en conciliar estos dos extremos, que parecen contradictorios: entre lo tradicional y la modernización. Sobre si conviene elegir entre el desarrollo de la primera, o construir, destruyendo la rémora de los valores tradicionales, la nueva sociedad. Los teóricos, en esta disyuntiva, se mueven en un campo muy diverso: unos propician el desarrollo lineal; en este caso, el punto de partida sería el de la sociedad tradicional, al que se le daría la suficiente fuerza para construir el sistema social modernizante, porque no forzosamente es contradictorio. Es el modelo, que propone Moore o Rostow y sus célebres etapas para el desarrollo.

Frente a estos, los sociólogos marxistas, quienes, en sí tesis, propician la acentuación de las contradicciones entre las cla ses sociales en pugna, para, a partir de aquí, llegar a la dictadura del proletariado. La síntesis final, el socialismo, es la salida natural para los problemas del subdesarrollo; por eso, la primera tarea, es sacudirse la carga de la dependencia, que sostiene en el poder a las oligarquías, dominadoras de la situación y bloqueadoras del cambio. Una vez destruido el poder que sostiene a estas minorías, la masa obrera, consciente de su rol histórico, tendrá el camino allanado para luchar con ventaja contra la clase dominante y lograr, por esta vía la desaparición de las desigualdades.

Entre estos dos casos concretos, algunos sociólogos y economistas, como Galbraith (1), creen que los países en vías de desarrollo encuentran el mayor obstáculo al cambio en la pobreza de gran parte de la población. Esta pobreza se mide por sus dimensiones culturales, por la estructura social, como es el caso de los países latinoamericanos, con dos clases nítidamente dibujadas en el horizonte de la estratificación; o por los desequilibrios entre los factores de producción, como es el caso de los países de Asia. Ante tal complejidad causal, los medios de que deben valerse los promotores del cambio han de ser diversos y por tanto, las estrategias no pueden uniformarse. El fracaso de muchos planes de desarrollo se debe a haber ensayado la aplicación de modelo que no se avenían a ser tratados en otras realidades.

Todo este cúmulo de problemas, (y nunca mejor que ahora empleada la palabra), como típicos de las sociedades en vías de desarrollo, son, ya lo indicamos, la esencia de un pasado colonial y de los esfuerzos de hoy día para romper con la descolonización. Es decir, el precio que hay que pagar para romper con la dependencia.

(1) Galbraith, J.K. "The under developed country", Toronto, CBC, Publications. 1965.

En este sentido es que va dirigido nuestro análisis, porque, el cambio, exige "agencias", es decir, organizaciones administrativas técnicas, que aprovechen los recursos, creen sus propias formas y ordenen la acción administrativa. Porque la industrialización de los países desarrollados ha sido sólo posible a costa de los países pobres. Son los proveedores de materias primas, los suministradores de los elementos básicos para su despegue, los que ayudaron al espectacular desarrollo económico de los países industrializados. Sólo por la existencia de las economías periféricas, se explica el paso rápido de la industrialización a la post-industrialización, manteniendo la situación colonial de las economías pobres.

Las consecuencias de esta dominación son retardar el cambio social. Las repercusiones políticas, económicas y culturales que se deriven de esta dependencia, explican las enemistades entre sistemas y los esfuerzos que modernamente se realizan para hacer más coherente la lucha contra todo tipo de dominación.

Los países colonizadores, explican que su paso por el tercer mundo ha significado también su desarrollo, porque han creado industrias, empleado mano de obra, que, en caso contrario, se habrían desperdiciado; que han acentuado la cualificación de los obreros y creado nuevas fuentes de riqueza. Pero, aunque esto sea cierto, sería necesario ahondar en las consecuencias; el estudio de casos concretos revela que ese desarrollo se hace a costa de las propias economías, que casi nunca sirven para los propios colonizados y que, por otro lado, el desarrollo se orienta hacia el consumo de objetos que nada tienen que ver con sus propios valores. En una palabra, la acción de los países colonizadores sobre los colonizados, en el plano económico, no ha servido para un auténtico desarrollo nacional. Y en el plano cultural, ha creado valores que nada tienen que ver con la misma esencia de los valores autóctonos. Modelos de vida extraños, comportamientos ajenos; estas son las consecuencias de la influencia colonial.

Si el paso de la metrópoli por la colonia ha sido positiva, se debe a que, en algunos aspectos, ha sabido aprovechar los recursos

humanos del país colonizado. Sobre todo en lo que se refiere a la organización administrativa, con una buena red de burócratas, al servicio de la colonia, que necesitaba precisamente de una correcta acción administrativa de las organizaciones que sostenían sus empresas. Este va a ser uno de los problemas a resolver cuando la dependencia se rompa, porque el burócrata, formado en los favores del colonizador, mal se aviene a servir en las nuevas administraciones, con los consiguientes desajustes que se están produciendo en algunas economías y administraciones actuales. Más adelante trataremos más a fondo este problema. Bástenos por ahora señalarlo, añadiendo además que ha sido un tema poco explorado por las ciencias sociales y que necesita ser profundizado, porque nos podría explicar parte de los fracasos de algunos planes de desarrollo, puestos en marcha por los gobiernos nacionalistas.,

En lo que respecta al mundo del trabajo, los países en vías de desarrollo tienen un grave problema a resolver, problema que incide sobre la acción de las masas trabajadoras y en su rol en el proceso de cambio. Ya indicamos la pobreza de cualificación de la mayor parte de los obreros del tercer mundo, la politización de sus cuadros sindicales y la tendencia a la burocratización que se observa entre los líderes. Todo ello en detrimento de una verdadera acción social porque compromete seriamente el movimiento obrero; las tendencias economicistas y el compromiso político, explican, en parte, las consecuencias de esta acción colonizadora.

Junto a este fenómeno, la emergencia de una clase media adscrita a modelo de consumo extraños, como ya indicamos, y al servicio directo de los intereses extranjeros. Formada por empleados, pequeños comerciantes, profesionales, obreros, con alto grado de cualificación o pequeños propietarios, su acción histórica, como agentes de cambio es confusa, porque no están nítidamente marcados como clase, sino que más bien pueden ser fermentos de una clase social. Pero pueden proporcionar al proceso del cambio los elementos humanos, las minorías ideológicas y los líderes más visibles, porque son los que más interiorizan las consecuencias de la dependencia. No es extraño encontrar que los líderes más notables de los procesos de descolonización, sean los

procedentes de la clase media emergente y de los profesionales al ser vicio de la dominación extranjera.

El rompimiento del centro de dependencia (1), se traduce, en los primeros momentos, en un desequilibrio de las estructuras económicas, en un desfase, porque, rotos los vínculos políticos e inten- tada la independencia económica, se necesita comenzar de nuevo, buscan- do en los propios recursos humanos y naturales, los medios de transfor- mación social.

Junto a ello, los problemas que indicamos anteriormente: la carencia de las bases estructurales, la construcción de una ideología para el cambio, la animación de las masas y la necesidad de poner énfasis en la creación voluntaria de la nueva sociedad. Estas son las raíces de las dificultades y de las soluciones. Sólo la imaginación creadora de cada realidad histórica, puede encontrar verdaderas soluciones a cada problema que se presenta diariamente.

La independencia económica entraña un proceso de descoloni- zación de su estructura económica, proceso que puede crear un círculo vicioso, como ya apuntamos: por un lado, la herencia colonial ha estan- cado el verdadero desarrollo; por tanto, la pesada herencia de estruc- turas que retardan el cambio. Por otro lado, encontramos este deseo vo- luntarista de creación de una nueva sociedad, que destruya los antiguos colonialismo y propicie el surgimiento de una sociedad identificada por sus propios valores y no por modelo de desarrollo y de valores extraños. Este círculo, que se hace más dramático ante la escasez de med- ios económicos, como los ya señalados, sólo se puede romper, con la reflexión de los propios problemas y la búsqueda de un modelo que se articule y nazca de los valores que son su razón de ser.

(1) La existencia de un centro obliga a pensar en la periferia. La idea es de Shils, E., quien la desarrolló en "The logic of Personal Knowledge", Routledge and Kegan Paul, Londres 1961.

Pero, si analizamos las realidades sociales del tercer mundo, veremos que tienen elementos dinámicos, o potencialmente dinámicos, para apoyarse y servir de base a la independencia económica, supuesta la independencia política. No olvidemos que, como dicen los políticos, sobre todo de los países latinoamericanos, se trata de la segunda independencia. Los países africanos y algunos asiáticos, lograron su independencia política recientemente y se abocan también, para sacudirse la pesada carga de la colonización, a las mismas tareas que la de los políticos de aquellos países que la lograron hace por lo menos siglo y medio, como es el caso de los latinoamericanos.

Estos factores dinámicos del sistema colonial, según Rocher (1), son fundamentalmente tres: Primero, la sociedad colonizada introduce en una sociedad tradicional cierto número de condiciones para el despegue, como son medios de transporte, modelos de conducta económica, créditos, servicios, etc. Aunque nos parece conveniente la alusión a estas condiciones, los sociólogos no están todos de acuerdo en considerarlos positivos. Ya dijimos más arriba que no precisamente habían sido concebidas en función del desarrollo interno y que, producida la independencia, más bien frenaban el cambio. Los ejemplos de este caso abundan y los mejores son las industrias extranjeras expropiadas, cuyos elementos administrativos o infraestructuras, no rindieron buen servicio a la hora de ser nacionalizadas.

El segundo se refiere a las condiciones de desequilibrio entre la sociedad tradicional, cuya dependencia es más notoria, sobre todo en los aspectos económicos y culturales, y un sector que se desarrolla en límites más precisos. Pero, el problema que se plantea, es consecuencia de la conexión que hay entre los dos sectores, porque no es posible mantener un compartimiento estanco en una sociedad global, que no experimente a su vez las consecuencias del aislamiento.

(1) Rocher, G., op. cit. págs. 242-253.

Por último, el colonialismo, sea político o económico, desarrolla la hostilidad del colonizado, produce frustraciones y genera deseos y aspiraciones. Esta hostilidad latente, puede desembocar en una hostilidad social manifiesta y ser el germen de las revoluciones descolonizadoras e inspiradoras de la acción colectiva, y cuyo objetivo, aparte de éste de lograr la independencia, podría ser el de insinuar el modelo de la nueva sociedad descolonizada.

De aquí la necesidad de apoyarse en estas élites, que dirijan el proceso de independencia política y económica. En los modernos procesos, estas élites deben tener una connotación técnica, es decir, élites, como ya indicamos, administradoras, económicas, organizacionales, porque el cambio, radical en este sentido, exige precisamente minorías técnicas que reconstruyen la sociedad "evadida", pero controladas por los movimientos sociales, sin los cuales no tendrían ningún sentido, ya que correrían el riesgo de burocratización. Es decir, que los movimientos sociales animarían la voluntad de cambio y servirían, no sólo de reesfuerzo, sino lo que es más interesante, de control de las élites.

Así, como condición previa, el proceso de cambio en los países en vías de desarrollo, significa esencialmente el rompimiento con los lazos coloniales, políticos o económicos, según los casos. Después, la rotura de los viejos moldes de conducta y la creación de nuevas voluntades, apoyadas en una ideología que establezca las bases para la construcción de la nueva sociedad. Si no hay un horizonte ideológico, una mística de cambio, esto solo puede devenir en una modernización; pero las condiciones y los conflictos seguirían reproduciéndose.

Por eso la necesidad de la movilización total, de recursos humanos y materiales, como los ya señalados, para superar las contradicciones que los procesos de cambio llevan en su interior. Tengamos en cuenta que, producida la independencia política, la economía siguió girando en torno al eje de dominación externos y sólo las estructuras políticas, hasta cierto punto, lograron liberarse de los la

zos de la dominación.

Así, pues, el cambio en las sociedades en vías de desarrollo se ve interferido por todas estas circunstancias: primero, por las derivadas de la situación de dependencia política y económica. Segundo, por las condiciones estructurales en que se apoya el cambio. Tercero, por el repertorio de fuerzas que se mueven en torno a las transformaciones, con las bases ideológicas y las diferentes formas con que se percibe el desarrollo. Cuarto, por el encuentro entre las formas tradicionales y las modernas, como condicionantes del ajuste. Quinto, por los intereses creados, provenientes de la antigua situación colonial. Y, sexto, y quizás el más importante, por la carencia de un modelo de desarrollo que se ajuste a las diversas formas culturales.

No es extraño, pues, que el tercer mundo se debata entre frustraciones y luchas internas que desgastan las energías políticas y, ante el cúmulo de problemas, no se caiga en un neo-colonialismo, que puede presentarse de muy diversas maneras y ocultarse tras el frondoso bosque de la ayuda técnica o de las nuevas relaciones de mercado.

Las masas revolucionarias, y los deseos de transformación social, pueden caer en el cansancio que produce la lucha inútil o en la barrera infranqueable de un neonacionalismo, más peligroso aún que toda la acción de las fuerzas adversas. La peligrosidad de este nacionalismo no está en él mismo, en su esencia, ya que, por el contrario, debe salir fortalecido de las confrontaciones. La peligrosidad reside en que puede ocultar, so capa de defensa de valores tradicionales, un quietismo más nefasto, porque está basado en ideas y símbolos, mucho más poderosas que las condiciones económicas.

La solución puede residir, como hemos indicado, en un diálogo fructífero, en un análisis claro de las situaciones heredadas de los colonialismos económicos y en sus consecuentes dominaciones políticas y culturales. Y en la búsqueda de modelo propio de desarrollo que se apoye en las masas obrera, superadas las limitaciones propias de su subdesarrollo cultural, para convertirlas en guías vigilantes del cambio.

CAPITULO TERCERO:

LA RELACION: CAMBIO Y LOS AGENTES

En el siguiente cuadro se ha intentado poner en relación dos variables, las fundamentales a nuestro entender, para explicar las diferentes situaciones que se producen en los diferentes sistemas sociales, según las interrelaciones que el cruce nos sugiere.

El cambio tiene dos dimensiones: "revolucionario" y "democrático" y los agentes otras dos: "masas" o "minorías". Las cuatro situaciones que se derivan de estas relaciones, sirven para tipificar los problemas del cambio social en distintas realidades sociales, e incluso para ver cómo dentro de un mismo sistema pueden darse varias situaciones, según los sectores en que se produzca y según los factores que intervengan.

Interesa, por lo pronto, para bien comprender lo que sugiere el cuadro de análisis, unas previas definiciones, aunque va de suyo que se han insinuado en páginas anteriores. Por "cambio democrático", entendemos el que se produce en la estructura social de una manera gradual, no violenta, pensado y planificado a veces; consecuencia de las necesidades y motivada por procesos innovadores, que se manifiestan en el interior del sistema. La no-violencia puede residir en la misma estructura de la sociedad, suficientemente dinámica y sin elementos bloqueadores del cambio; el mismo sistema lo genera, lo contabiliza y lo desarrolla. Son procesos originados por la modernización, por la capacidad tecnológica, consecuencia de los aportes de las técnicas modernas, y por la madurez política, que puede promover el cambio sin necesidad de acudir a las violencias propias de sociedades en las que las contradicciones son más fuertes y visibles.

Es el caso de las sociedades industrializadas, cuya realidad económica y los procesos políticos y culturales que se manifiestan, producen un cambio institucionalizado. Tienen un repertorio de organizaciones que lo intensifican y sólo cuando las condiciones del mismo se vean deformadas o manipuladas por los compromisos de grupos de interés, pueden, en ese caso, convertirse en revolucionario. La historia moderna nos proporciona buenos ejemplos de este giro que se describen en cada situación.

Los cambios revolucionarios pueden ser consecuencia de una larga gestación, comenzando por el desarrollo de las élites ideológicas o de los líderes intelectuales o por la explotación violenta de las condiciones políticas. Un cambio revolucionario es un cambio que se mide en sus dos perspectivas: en el "presente" y en el "futuro". En el "presente" significa una radical transformación estructural, que afecta cualitativa y cuantitativamente a las formas, ideologías, valores y organizaciones sociales. Es radical, profundo, violento, porque no se hace paulatinamente, sino en un espacio breve de tiempo, enfrentándose las fuerzas que lo animan y los grupos que lo bloquean.

El cambio, en su perspectiva del provenir, tiene una proyección ideal, porque concibe la sociedad construída bajo formas utópicas. No sólo el cambio revolucionario cuestiona y destruye el presente, sino que perfila el futuro en base a las contradicciones en que ha surgido. El sentido utópico que tienen el cambio al construir el futuro está en que, surgido de una dialéctica, la sociedad por la que aboga es la contra-imágen de la sociedad presente, y como tal se presenta.

Las revoluciones aparecen en la historia en momentos estratégicos, conflictuales; cuando las tensiones llevan a un rechazo de la situación actual y se han dado las condiciones objetivas para ello; es decir, aparece la voluntad de cambio, la correlación de fuerzas y la conciencia colectiva. Es, por tanto, acción histórica, mucho más profunda que cualquier otro tipo de acción, porque los cambios que provoca son definitivos y sus consecuencias son cambio de mentalidad y de organización social.

Los diferentes tipos de cambios revolucionarios, como son la revolución industrial, social, etc., indican que se pone el acento en aquellos aspectos en los cuales el cambio incide más profundamente. Sin embargo el verdadero sentido del cambio revolucionario, por lo menos en nuestra opinión, se refiere a aquél que incide específicamente sobre las estructuras de poder, significan un reordenamiento de las mismas y un giro de cierto ochenta grados en su composición.

La teoría marxista proporciona, en este sentido, elementos de análisis más profundo sobre las condiciones que determinan los cambios revolucionarios, y que tienen su causa en las formas en cómo se reparte la propiedad de los medios de producción. A partir de aquí, de este aspecto económico, surgen las ideologías de los que poseen y no poseen los medios de producción y por último las connotaciones políticas. Por eso, hablar de clases sociales, es indicar, por un lado, diferencias de poder político y, por otro, de germen de la lucha de clases, que será posible cuando, acentuadas las contradicciones, las clases proletarias se enfrenten a las clases explotadoras. Esta es la génesis de la revolución, en la cual el proletariado ha desempeñado, para los marxistas, el rol fundamental de la historia, única fuerza capaz de lograr la desalienación y gestar la sociedad socialista.

Así se explican las grandes revoluciones mundiales y su impacto en las sociedades que no han sufrido el proceso. Desde la revolución francesa, hasta la revolución rusa o la revolución china, todas ellas han pasado por una transformación profunda, modificando el orden establecido y dejando una copiosa secuela de imitaciones en otros sistemas sociales.

Resumiendo, el cambio revolucionario se produce por un desfase entre las aspiraciones no satisfechas de los pueblos y los bloqueos institucionales que se le enfrentan. Llegado a un "clímax", las tensiones rompen el equilibrio artificial en que se daban y la revolución se hace patente.

En la base de los cambios revolucionarios está, por tanto, la miseria de las condiciones en que se establecen las relaciones sociales, la visibilidad de la conciencia de clase alienada y las ideologías en que se apoyan, como condición previa para cohesionar grupos, crear símbolos e insinuar el modelo de sociedad futura.

1. Los agentes y los tipos de cambio;

En nuestro análisis los agentes del cambio tienen dos dimensiones: las "masas", por un lado y las "minorías" por otro. La primera dimensión engloba a todos aquellos grupos o colectividades que se sitúan a nivel de sujeto histórico del cambio, grupos de presión, grupos profesionales, o simplemente las masas, englobando en este concepto a las "fuerzas productivas" del cambio. En páginas que anteceden se ha intentado analizar el rol de las masas en el cambio y los ejemplos históricos en que se apoya nuestro concepto. Recordemos solamente, que nos interesa tomar como arquetipo de esta dimensión, al movimiento obrero, o a su institucionalización, como son los sindicatos. El rol del movimiento obrero, en los ejemplos de la historia, como los únicos que profundizaron el cambio, nos evita mayores explicaciones.

Las "minorías" se refieren a las élites que dirigen las dos dimensiones del cambio, minorías que, desde una posición de vanguardia ideológica primero y de acción después, son decisivas en la preparación, conducción y orientación de los cambios.

		CAMBIO	
		Democrático	Revolucionario
Agentes.	Masas	I	II
	Minorías	III	IV

2. Las cuatro situaciones

Situación I.

Los cambios son democráticos y los agentes las masas. Los indicadores de este cruce se refieren a una sociedad estabilizada, que evoluciona hacia mejoras formas de vida, sin hacer presión sobre las estructuras políticas, sino sobre las sociales. Las masas se limitan, a buscar mejoras económicas, mediante la presión sobre el estado o las empresas; de aquí su sentido reformista. El agente principal es el sindicato de negociación, que se basa en la fuerza que les da el número. La existencia de una burguesía obrera, las posibilidades de alcanzar los objetivos por medio de la acción sindical, a través de negociaciones que les garantiza el éxito, hace innecesaria la acción revolucionaria. La tendencia al aburguesamiento que se observa en los obreros, es producto de dos fenómenos: la posibilidad de hacer "carrera" y el desarrollo económico, que los cualifica y especializa profesionalmente.

Situación II.

Las tensiones sociales provocan la intervención de las masas, concientizadas revolucionariamente, a través de ideologías políticas. El deterioro del estado, la manipulación del poder por las clases burguesas, la pauperización económica y cultural, junto al trabajo de las distintas ideologías, que se mueven en el panorama político, acentúan el rompimiento del sistema.

Como los problemas son políticos y sociales, la masa es movida por una pluralidad de ideologías políticas y el sindicalismo, como fuerte grupo de acción social, se adscribe a las distintas tendencias. Los líderes sindicales son únicamente transmisores de las consignas políticas. La masa es la protagonista del proceso, que tiene su más fiel reflejo en la Comuna de París.

La violencia adquiere caracteres específicos en la lucha de clases, término al que desembocan los distintos movimientos revo-

lucionarios. La unificación de la clase obrera, en esta pluralidad de situaciones, sólo es posible lograrla a través de la coherencia de las organizaciones de masa, única forma de dar al movimiento obrero la claridad conceptual suficiente para que, su acción revolucionaria, tenga consistencia y se transmita al futuro.

Frente a la acción de la masa, se sitúan los grupos afectados por el cambio, grupos de poder económico o políticos, enquistados en la estructura del estado y que crearon los bloqueos, vale decir, las precondiciones para hacer la revolución. Este sería el caso de las democracias populares surgidas de la segunda guerra mundial, o la de países latinoamericanos o africanos. Aun cuando la masa obrera tuviera escasa cultura política, sin embargo la intuición política suplía, con suficiente holgura, esta falta de educación política. Puede ser el caso de Chile o el de la revolución mejicana.

Situación III.

En esta situación el cambio es democrático y los agentes las minorías. Es el caso de países en vías de desarrollo que han adquirido conciencia del cambio y encontrado en los partidos políticos, de base popular, es decir partidos de acción popular, los cauces necesarios para resolver, mediante la planificación de la economía, los problemas del desarrollo. Son el ejemplo evidente de algunas naciones latinoamericanas. Hay un sentido paternalista por parte del estado, que organiza instituciones de desarrollo económico, tiene un avanzado código de seguridad social y protege, hasta donde lo permite la oposición, las condiciones de trabajo.

Los casos a que nos referimos demuestran que dos minorías tienen un rol preponderante en los planes: las "élites burocráticas", canales de transmisión de los deseos de desarrollo por parte del estado y las "élites técnicas", fundamentalmente las económicas. Las mismas condiciones económicas en que se sitúa el proyecto, las hace indispensables y el estado pone especial énfasis en buscar su colaboración, así como la de los líderes sindicales, que han sido ganados para el proceso.

El paternalismo del Estado juega también un rol decisivo, sin que haga posible, al menos que las condiciones permitan incrementar el poder de los grupos económicos, la abierta acción revolucionaria. Es decir, cuando el juego de fuerzas rompa el equilibrio social, equilibrio que, por otro lado, es inestable. Este tipo de gobierno sufre constantemente la presión de minorías que denuncian las formas de "alienación" social con las que manipulan, a través de una pseudoparticipación, la voluntad de las mayorías.

Situación IV.

Las "minorías" son los agentes y el cambio es "revolucionario", Es el caso de las revoluciones que explotan en algunos países industrializados: Estados Unidos y Francia, como los más típicos. La alienación ideológica y la alienación técnica, llegan a su punto crítico y las minorías afectadas despliegan los esfuerzos sociales y políticos necesarios para romper con la alienación.

Así se entienden los movimientos contestatarios de las universidades, donde la minoría universitaria, (minoría con relación a la población total) se muestra abiertamente rebelde ante la estructura de la sociedad burguesa y los valores que desarrolla, denuncia la manipulación ideológica y violentamente se enfrenta con los poderes del Estado.

Se imaginan nuevas formas de interpretación política y el marxismo es revisado para adecuarlos a las condiciones estructurales. Los movimientos estudiantiles buscan explicar, a través de estas ideologías revisadas, la causa y la razón de sus alienaciones y los medios de acción para destruir el aparato del estado burgués. El problema desborda todos los análisis, porque las condiciones en que se dan los movimientos estudiantiles pueden muy bien tener su origen, tanto en las alienaciones técnicas, como en las burocráticas o en las ideologías. Movimientos estudiantiles, manifiestamente contestatarios. El "hipismo" puede ser otro ejemplo, con una diferencia: que en la acción, la pasividad sustituye a la violencia, aunque aquélla sea también una for

ma nueva de violencia. Ante la imposibilidad de romper con la sociedad que les aliena, buscan formas propias de organización, lo más esquemá ticas posible, para evitar la creación de nuevas alienaciones. La angustia existencial preside la vida de estos grupos y, los símbolos que les caracterizan, son expresión de esta angustia.

En estas formas específicas de protesta, las teorías de Marcuse o las reinterpretaciones de Marx y Freud, revisten especial importancia, porque han sido las que han dado forma típica a estos mo vimientos. En realidad cabe preguntarse si, diálecticamente, no desem bocarán en nuevas formas ideológicas o, por el contrario, no estaremos asistiendo al inicio de la "desideologización". Este pudiera ser un campo interesante de análisis sociológico, para comprender las razones de existencia de estos movimientos contestatarios, en el seno de los países postindustrializados.

Un hecho interesante, que conviene señalar en este momen to de nuestro análisis, es el fracaso, en cierto modo, de las alianzas obrero-estudiantiles en la época de crisis o en los momentos en que la acción estudiantil busca el apoyo del proletariado. Aventuramos la hipótesis de que, los grados de alienación de uno y otro, de obreros y estudiantes, es diferente, y las causas de la alienación también tienen fuentes distintas. Pero, sobre todo, las diferencias residen, por un lado, en el aburguesamiento del obrero y de sus líderes burocráticos y por otro lado, en la desconfianza que el obrero tienen del liderazgo estudiantil. Los intelectuales son casi siempre recibidos con preven ción por los obreros, porque no los imagina formando parte del mundo del trabajo. Son ajenos y difícilmente, salvo en contadas ocasiones, las alianzas se logran. Y aún cuando se den casos de este acuerdo, su duración fué efímera. A la hora de discutir estrategias o medios de acción, se rompen, porque el lenguaje ideológico es distinto y las ba ses culturales de cada uno no propician el diálogo. En una palabra: no se ha producido la proletarización del estudiante.

Este fenómeno se da también en el interior de institucio- nes totalmente diferentes. Nos referimos a la iglesia católica y a los

acuerdos del Concilio Vaticano II. Este fué sólo el canal de expresión de grupos minoritarios que ya anteriormente, desde los tiempos de los sacerdotes obreros en Francia, habían marcado su disconformismo con las orientaciones sociales de la Iglesia.

La presión de estas minorías fué tan decisiva, que los resultados están a la vista: la revisión no se ha quedado a nivel de las relaciones de la Iglesia con el Estado y con la sociedad, sino que ha tocado sus bases teológicas y a los dogmas. Muchos de ellos están siendo revisados y la liturgia, las instituciones y organizaciones eclesiásticas actuales, son las consecuencias más palpables no de la reforma, como se ha dicho, sino de la corriente revolucionaria que se está produciendo en el seno del Catolicismo romano.

La protesta va desde la denuncia sobre la injusticia social, hasta la crítica de la propiedad privada y el derecho natural a tenerla. Unido a ello la teología de la violencia, justificando romper las injusticias sociales. La tesis parte de la violencia institucionalizada, contra el disfrute, por unos pocos, de los beneficios sociales y contra el compromiso de los estados en la defensa de estos privilegios, frente a la miseria social, cultural y económica de las masas.

Creemos que la situación estudiada, junto a la situación II son las que presentan mayor riqueza para el análisis sociológico, porque son las más ricas y las que encierran mayores contradicciones. En la situación IV vemos que sistemas perfectamente "transparentes", con niveles de vida desarrollados, donde los actores sociales participan organizativamente, las contradicciones surgen abiertamente. Las que se refieren a la situación II, son sociedades en vías de desarrollo. En éstas, el movimiento obrero es el único que puede lograr la transformación social, fuera de todo compromiso. En el caso de las sociedades industrializadas, son las minorías, ideologizadas o "desideologizadas", las que toman el rol conductor del cambio. Como se ve, son situaciones, la II y IV dispares, pero las dos especifican el horizonte actual en que se divide el mundo moderno.

Una última acotación conviene hacer en este momento: las situaciones analizadas en el cuadro, son suficientemente claras para servir, junto con los indicadores sugeridos, para extenderlas a otros campos. Creemos sin embargo que el cuadro puede mejorarse con nuevos elementos. Es simplemente un esquema de análisis, fruto de una primera reflexión, que puede enriquecerse posteriormente, con nuevos elementos.

Señalemos, por último, que los procesos que se sugieren en cada situación, pueden modificarse. Por ejemplo: el cambio democrático, por presión de las élites, llegará un momento en que gire al otro extremo de la variable, es decir, hacia la dimensión revolucionaria cuando las transformaciones se vean obstaculizadas por el entorpecimiento o la fortaleza de los grupos de poder. Es el cansancio o aburguesamiento de las élites-agentes. En este caso, la presión de las masas o de las élites afectadas, obligarán a un cambio revolucionario. Surgirán entonces los indicadores señalados: el conjunto de ideologías que lo animen y que estarán de acuerdo con el proceso histórico, con el grado de alienación y con la percepción de esa alienación.

**

**

**

**

LIBROS

serie: Centro de Investigación

1. Análisis de la participación de la comunidad industrial en el capital social de la empresa (agotado).

Pedro De las Casas Grieve

Angel De las Casas Grieve

Augusto Llosa Talavera

2. Política laboral en el Grupo Andino

Luis Aparicio Valdez

3. Situación social del obrero jubilado

Manuel Román de Silgado

serie: Departamento Académicos

1. Elementos de derecho aeronáutico

Alfredo Gildemeister

REVISTAS

Apuntes

Número 1 (agotado)

Apuntes 2

C U A D E R N O S

- Ensayo N° 1 Los efectos "adaptación" e "innovación" en la producción de los países tecnológicamente dependientes.
Juergen Schuldt Lange
- Ensayo N° 2 Comentarios sobre el anteproyecto de decreto ley de la propiedad social. (Agotado)
Manuel Román, Hugo Eyzaguirre, Enrique L. Dóriga, S.J.,
Fernando del Carpio.
- Ensayo N° 3 Dependencia, patrones de consumo y distribución del ingreso en América Latina.
Juergen Schuldt Lange.
- Ensayo N° 4 La modernización neo-clásica del progreso técnico y de la acumulación de capital.
Fernando González Vigil.
- Ensayo N° 5 El Perú en la integración sub-regional andina.
Augusto Llosa Talavera.
- Ensayo N° 6 El sector público peruano y su política de financiamiento en el período 1950-1967.
Germán Granda.
- Ensayo N° 7 Anteproyecto de decreto ley de la propiedad social: comentarios y planteamientos alternativos.
César Peñaranda.
- Monografía N° 1 Análisis del arancel de aduanas del Perú.
Carlos Boloña, Moraima Carrasco y Javier Camarero.